

ficciones, narrativas o críticas, se desarrollan a partir de los ensueños y reflexiones favorecidos por tales materiales.

El ensueño quignardiano es también eminentemente antropológico, «perfusionado por las ciencias antropológicas», según dice Michel Deguy. Se detiene preferentemente en las figuraciones parietales de las oscuras cavernas originarias e intenta obstinadamente figurar su relato: «Colecciono asimismo una sarta de clichés fotográficos que reproducen las pinturas de las cavernas antiguas (...). El fin sería, en el fondo, dominar las hipótesis de relato suficientemente convincentes como para traducir esas pequeñas narraciones parietales de las cavernas prehistóricas porque todo el tiempo se adivina que, más allá de esas figuras y esas escenas, hay relatos insistentes y voces lejanas que nos convocan como la infancia en nuestro interior» (D, 78).

El interés de Quignard por los relatos primordiales, por la hipótesis de un «primer relato premigratorio», cuyo eco repercutiría de generación en generación y de geografía en geografía, de pueblo en pueblo, lo aproxima evidentemente a esos buscadores de mitos que son los antropólogos, con Lévi-Strauss en primer lugar, a quien rinde homenaje<sup>11</sup>, así como a Leroi-Gourhan y también al Leiris de *África fantasma*, salvo que el relato que extrae de sus ensueños reflexivos no es mítico ni estructural. Vale como prueba de una verdad primordial, depósito de fugitivo sentido sobre el cual nuestro inconsciente arcaico se funde sin que lo sepamos. Lo atestigua, por ejemplo, la desconstrucción, a la cual se entrega, del mito de la horda primitiva y del asesinato del padre en *Retórica especulativa*.

Hurgando en esta materia perdida a medias, restableciendo por conjetura y ensueño sobre las paredes cavernosas la improbable historia, nutre sus propias ficciones así como sus meditaciones, indisociables las unas de las otras. «Toda obra debe heredar algo de cuanto la precede»: Quignard hace suya la doctrina ática. Hay en él, por otra parte, un fondo común a muchos escritores de hoy: Alain Nadaud, novelista de los primeros libros y las primeras cifras; Jean Rouaud, comentarista del gran «paleocirco»; Pierre Michon, agrimensor de las fosilizadas grutas de *La gran Beune*; Pierre Bergounioux, pegado a las divisiones de los primeros días y a su espesura terrena, climas y territorios, conservados a través de las edades. Común a otros, sin duda más fascinados por la reconducción de relatos míticos y la pregunta por lo que se puede hacer

<sup>11</sup> Pascal Quignard: «L'étreinte fabuleuse», Critique, número especial sobre Lévi-Strauss, n° 620-621, enero-febrero de 1999.

con ellos, como Sylvie Germain y Richard Miller. Pero Quignard es sin duda el único que llega tan lejos en la erudición que supone la «mirada río arriba».

Dos páginas de *Retórica especulativa* proponen así una historia acelerada de la hominización: «La unificación de la especie *Homo* puede datarse de hace 500.000 años. El crecimiento se vinculó con la depredación simplemente porque ésta se confunde con el seguimiento de presas que se desplazan. Los hombres se alinearon porque sus presas se desplazaban. El deshielo se sitúa hace 12.000 años. Los últimos cazadores inventaron el arco hace 9.000 años, y el perro (primera domesticación preneolítica) fue domesticado por estos últimos cazadores. Cinegética y altanería. El culto a los cráneos apareció en el séptimo milenio en el Cercano Oriente: en Çatal-Hoyuk los muertos eran decapitados y los cráneos instalados en el *domus* de los sobrevivientes, mientras los cuerpos eran abandonados a las aves carroñeras y celestiales que se apropiaban de los restos de los sacrificios y los banquetes. Hace unos 6.000 años se inventó la cerámica (...)» (RS, 49).

Para Quignard se trata de oponer este relato primitivo a los grandes metarrelatos según la fórmula de Jean-François Lyotard. En efecto, el metarrelato dispone de una teleología, en tanto el relato quignardiano sería una arqueología. O mejor, ya que no se trata de construir un sistema lógico del *arché*, sino de probar y hacer probar lo que el ejercicio de la razón borra y censura: una *arqueopatía*. En efecto, a veces con la erudición se combina la fascinación empática. Otro pasaje del mismo libro se limita a nombrar las grutas como una letanía que fuera a la vez una invitación a repensar, a redecir, el origen y lo arcaico, en un modo que es casi celebratorio: «Entrad en Lascaux. Entrad en Niaux. Entrad en la gruta de Pairnon-Pair y de Gargas. Entrad en Font-de-Gaume (...)» (RS, 211).

### **Concreciones etimológicas, digresiones ficticias: la desimbolización del lenguaje**

El lenguaje se ofrece a Quignard, a la vez, como el instrumento de la búsqueda y el lugar –la materia– donde se ejerce. «El lenguaje es por sí mismo la investigación», escribe en *Retórica especulativa* (RS, 21). La lectura, en *Albucius*, es relacionada con la cosecha<sup>12</sup>. El lenguaje es

<sup>12</sup> Pascal Quignard: *Albucius*, Paris, Gallimard, colección Folio, 1992, página 196.

también vestigio: Quignard juega con el étimo (la búsqueda de depósitos de sentido y de prácticas que registra el lenguaje) contra la deducción (el ejercicio de la razón fuera del lenguaje según las leyes de la lógica abstracta). Igualmente, y a pesar de ser un heredero del pensamiento moderno entre Mallarmé y Blanchot, es quien se opone a la maldición sobre la cual se funda dicho pensamiento, la que separa el lenguaje del objeto que designa: «El signo significa separación y sustitución. El signo dice asimismo que lo que se designa no se superpone a lo designado. De forma general, un signo significa que un niño está separado de su madre. Que un hombre que habla, muere»<sup>13</sup>. Relacionar la división del signo con la separación física entre la madre y el hijo, no es sólo entrecruzar lingüística y psicoanálisis, sino algo más: reordenar lo simbólico en una cronología que sería también la del devenir humano y de la civilización.

Asimismo, el recurso del escritor contra esta división que impone el lenguaje no será del orden del cratilismo que tantos poetas han intentado: en la palabra, Quignard recobra el vestigio de la cosa, no su parecido. El escritor trabaja con lo concreto de la idea, es decir con su formulación no ya conceptual sino hecha imagen, algo más que la metáfora. Pues se trata, más hondamente, del origen borrado, el anclaje, la huella. Esta raíz tiene que ver con el origen del hombre y se confunde con el mencionado proceso de hominización, no obstante que no la alcance el razonamiento sino el despliegue de la lengua, la explicación de la palabra-vestigio, que se dará mejor en un relato que en un discurso. Tomando una noción cualquiera, Quignard arranca al contexto la palabra que la lleva, desprende el étimo, lo recontextualiza en su entorno arcaico y produce así una suerte de efecto-retorno del sentido antiguo, concreto, rudo, sobre el primer contexto, que se revitaliza. La extracción de la palabra-vestigio es descontextualizante como lo es la etimología, ya que introduce la extrañeza en el estrato demasiado abstracto de la cultura. Aparece así como un proceso de desimbolización del lenguaje.

Tales desplazamientos son, potencialmente, relatos: son ficciones en potencia, o sea representaciones psíquicas, imaginarias, de las que forman parte importante los modelos de la sexualidad y de la depredación. Esta ficción acentúa el proceso de desimbolización porque esboza el relato encerrado en la palabra, enmascarado por el símbolo en que se

<sup>13</sup> *Pascal Quignard: Petits traités, tomo V, Paris, Maeght, 1990, página 91. Reedición en Paris, Gallimard, colección Folio, 1997, páginas 79/80.*

ha convertido la palabra. Haciéndolo, funciona doblemente: encarna la reflexión dando cuerpo a lo abstracto, compensa la separación del desplazamiento etimológico haciendo resonar las rudezas en el presente de la lengua. También da lugar a ese relato primordial y perdido o, al menos, proporciona su sombra. Estos relatos no condescienden a disolverse en una linealidad confirmadora que nos contaría el otrora, el entonces del mundo. Permanecen puntualmente formales, fragmentarios, más en estaciones que en extensiones. Cualquier lector puede advertir el privilegio que Quignard otorga al encadenamiento paractáctico de las frases, su gusto por la desligazón paragráfica, su preferencia por los episodios. Hay que preservar en la palabra su aura de sentido primitivo, preservar su poder de perturbación, de surgimiento de una rudeza no domesticada, más que fundirla en la continuidad del proyecto.

Este trabajo impide toda constitución de una lógica discursiva. La empresa de Quignard es anticartesiana: no distingue entre espíritu y extensión. En este sentido, se opone netamente a la reflexión de Bergounioux, no en las opciones sino en la posición elegida. En efecto, Pierre Bergounioux construye toda su obra sobre la violencia de aquella separación, que deplora. El hombre está dividido y separado y no se repone de este corte que lo arranca del mundo. Para Quignard, al contrario, es posible reunir esta consciencia precartesiana en un *arché* de la lengua. Entonces: es en la extensión donde se manifiesta el espíritu, en el cuerpo, en el aliento. Bajo las abstracciones conceptuales es posible escuchar todavía el áspero y ancestral rumor del mundo, así como el cuerpo aún lleva, en sus partes genitales, las huellas de una animalidad primitiva: «La fascinación que ejercen las partes sexuales al desnudo como las obras de arte que desnudan, se basa en la posibilidad de hacer resurgir a milenios de distancia la nostalgia de lo que ya no es. Son otros tantos atributos, dijes y secuelas de una isla misteriosa de la cual todos provienen y a la que nadie más puede llegar, que se ha perdido en el alejamiento, en la diferencia irreductible, la edad, la duración, *el lenguaje obedecido y detenido*»<sup>14</sup>.

Por eso, Quignard encarna sus propuestas y reflexiones. El pensamiento de Latron no es separable de su palabra, ni su palabra de su persona, sus humores y deseos: «Porcio envejeció y compuso mucho. El siete de diciembre del año 43, Cicerón, asomando la cabeza por las cortinas de su litera, fue decapitado por Pompilio por orden de Anto-

<sup>14</sup> Pascal Quignard: *Dernier royaume, volumen I: Les ombres errantes*, Paris, Grasset, 2002, página 160. *La cursiva es mía.*